

«CONTRIBUCIÓN A LA REALIDAD», por *Benjamín Subercaseaux*.—
Editorial Letras.—Santiago de Chile, 1939.

De refinada cultura adquirida no sólo en la asidua frecuentación de los libros, sino en su larga permanencia en los centros intelectuales europeos, Benjamín Subercaseaux se ha anotado ya varios aciertos en su producción literaria. Así, por ejemplo su novela «Niño de lluvia», digna de figurar junto a las mejores que se han publicado últimamente en el país, por la gracia de su prosa flúida y por la agudeza de sus observaciones psicológicas. Su lectura produjo en nosotros la virtud de evadirnos de la realidad inmediata, porque su autor no es de aquellos que estiman que la novela sólo ha de reproducir fielmente nuestra vida y paisaje, con un objetivismo mezquino y pedestre. Nos entrega ahora Subercaseaux este libro de ensayos en el que enfoca varios aspectos de la vida chilena que se refieren en especial al sexo, la raza y la literatura, todo ello observado en función de nuestra realidad. En el Prefacio nos advierte el autor que estos estudios «podrían parecer inconexos y hasta contradictorios al que busca una doctrina». En efecto, no encontramos en ellos ni doctrinas ni principios rígidos y normativos. Así se explica su título de Contribución, como quien dice el material disperso para arquitecturar un amplio programa de realizaciones en moral, en arte y en política. A Subercaseaux se le podría aplicar con justeza la definición de que el ensayista es «un poeta de las ideas», porque si bien el ensayista ha de manifestar conocimientos más o menos profundos acerca de las materias que estudia, es la institución el ingrediente fundamental con que amasa sus ensayos. Subercaseaux atisba la realidad, deambula por las doctrinas, orilla la ciencia, jamás sistematiza con espíritu pedantesco y doctoral. Es un intuitivo, es decir un poeta, pero un poeta que escribe en un estilo bien prosaico, porque su expresión inarticulada tiene la llaneza de una conversación en que jamás los

interlocutores se manifestaran alterados por la pasión y acuñasen una frase rotunda o elecuenta. No debemos olvidar que es condición del ensayista la bella expresión literaria para que sus estudios no se confundan con la divulgación plebeya o el texto para el adolcente.

Subercaseaux en su estudio sobre el sexo las emprende contra la moral acomodaticia de los hombres que han hecho del sexo un mito, el problema sexual, como se le llama. Sus observaciones al respecto son agudas e ingeniosas, negando que existe tal problema. «Lo que en realidad—escribe ha pasado ha constituir un problema es la moral que los hombres han injertado sobre el sexo». Acaso se pensará que hay en nuestro autor obsesión por el sexo, cierta fruición en estudiarlo. Pero lo cierto es que sus observaciones tienden a una mayor comprensión humana acerca del sexo, dentro de la realidad bio-psicológica como expresión de un instinto fundamental. «Aquí—anota—, como en muchos falsos problemas, no está en buscar soluciones nuevas, sino en no cometer torpezas con lo que vino *hecho listo para funcionar* desde las remotas brumas de la pre-historia.

Incuestionablemente de mayor interés son sus ensayos destinados a estudiar los problemas que dicen relación con los elementos constituídos de nuestra sociabilidad, en particular «Apuntes para una psicología del chileno», «El Roto», o «El triunfo de la inmortalidad», «El Siútico», o «La Comedia en Serio» y «El Caballero» o «La negación del espíritu». Dentro de la variedad de las observaciones que atisba, difícil es esquematizar estos ensayos, tanto más cuanto que Subercaseaux huye de toda sistematización y juicios categóricos. No obstante en el Postfacio encontramos el nervio central de sus pensamientos. Todo en el país está en formación, aun no se ha logrado plasmar una nacionalidad con características definidas que respondan a nuestra indiosincrasia, a nuestro acento racial. En arte y en política aun no damos con nuestra propia expresión. A nuestro juicio, en esta parte del libro encontramos la verte-

bración que echamos de menos casi en toda la trayectoria de la lectura. Nosotros,—escribe—, o vejetamos o nos proponemos un fin cambiante que nos lleva a una serie de tanteos y errores sin ninguna finalidad determinada. Son defectos que sólo pueden encontrar agravantes en un régimen democrático si los países que adolecen de ellos no han llegado a la estatura adulta tanto en lo moral como en lo intelectual». Coincidimos con el pensamiento expresado por Subercaseaux. Mientras no alcancemos esa altitud, continuaremos llevando una existencia sin rumbo, a la deriva, a la buena de Dios, engañados por cualquier político disfrazado de profeta que nos ofrezca uno de los tantos *Chile Nuevo* que hemos ya padecido. Y como es imposible que la masa ignara alcance con el ritmo violento que exige el progreso esa madurez de adulto, que al menos tengamos un comando superior formado por verdaderos políticos y escritores, que en sus respectivas funciones, enderecen los rumbos del país a alguna finalidad, para lo cual han de tomar «contacto con lo real», a fin de que no sólo les baste la intuición o la servil imitación. Mientras tanto, podemos aplicar al país la frase de Ortega y Gasset: Chile invertebrado.—M. R.